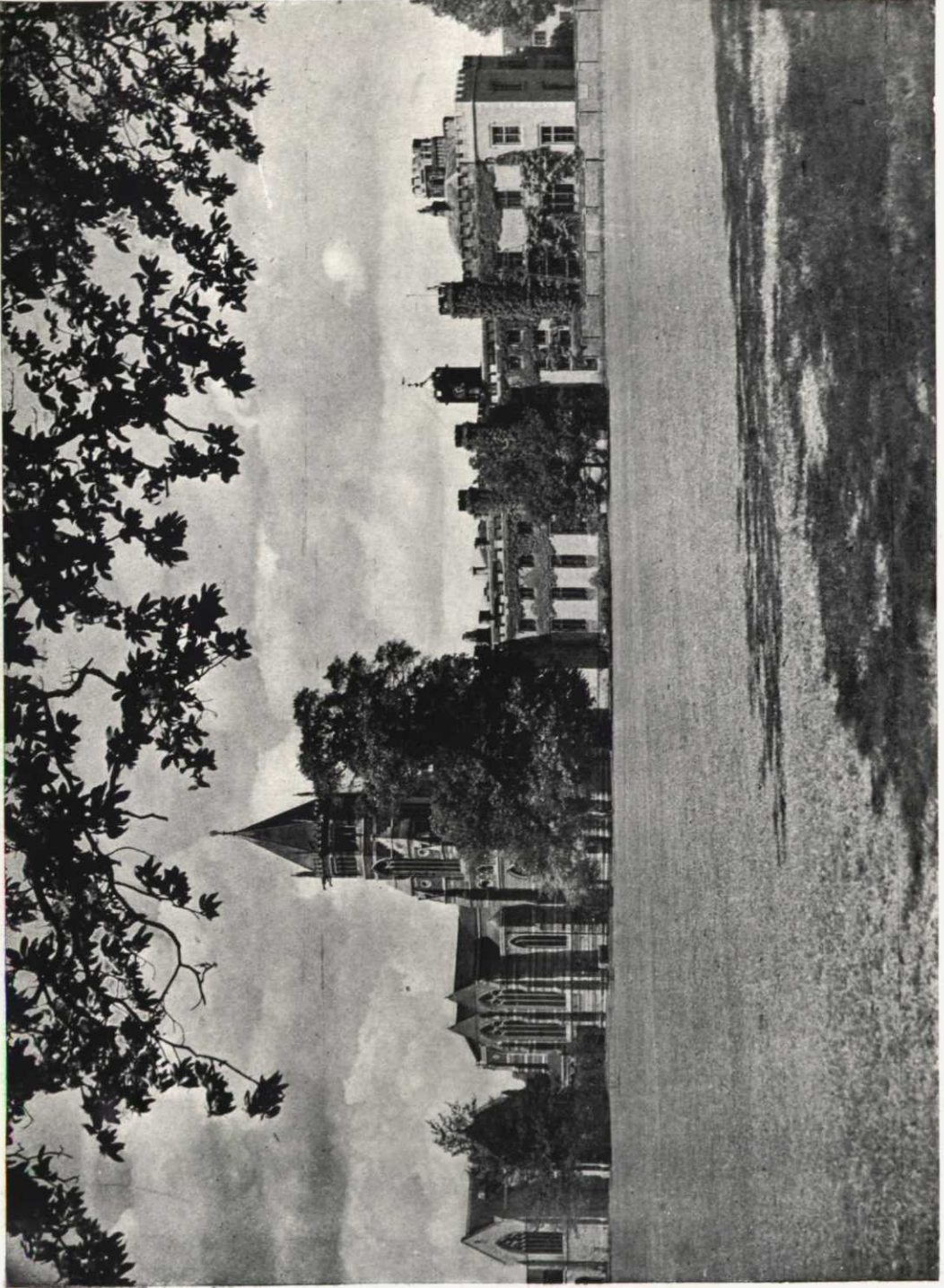


# EL ANTIGUO COLEGIO DE RUGBY, SIMBOLO DE LA EDUCACION BRITANICA

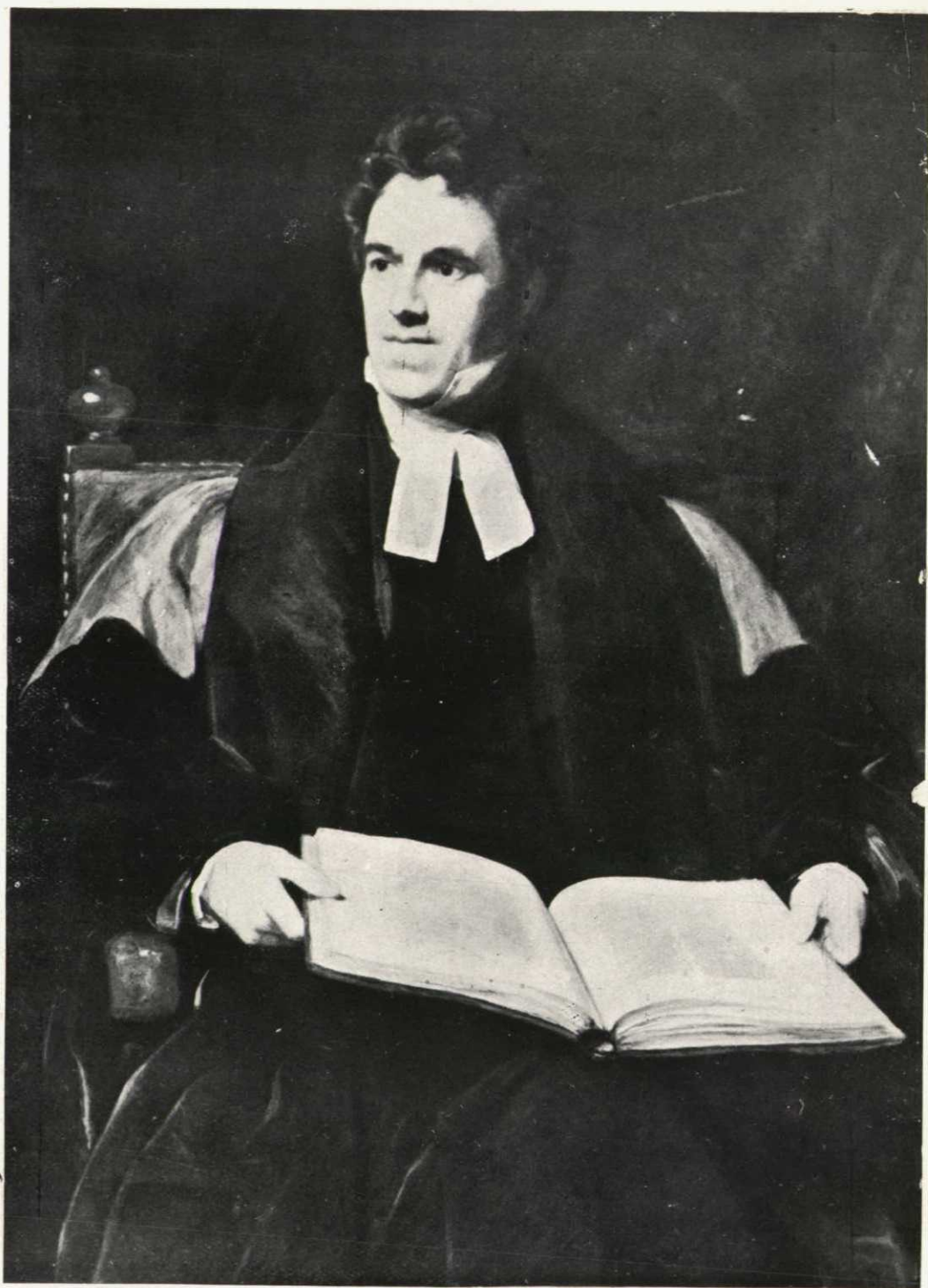
P o r J . H . S M P S E N

**E**L Colegio de Rugby (Rugby School), del condado inglés de Warwickshire, en 1567 lo fundó un comerciante de la City de Londres, llamado Lawrence Sheriff, que quiso facilitar medios educativos a los muchachos de su población natal y aldeas vecinas. Es una de las escuelas de segunda enseñanza de Inglaterra —frecuentemente llamadas «Grammar Schools»— que se fundaron en tiempos de la reina Isabel, y de todos esos centros docentes es, quizá con una excepción, el más famoso. En realidad, su nombre es conocido en todo el mundo de habla inglesa y aun más allá de sus fronteras. Se debe esto en parte a que sirvió de escenario de aquella gran novela de ambiente escolar escrita en el siglo pasado por Thomas Hughes con el título de «Tom Brown, escolar». Ese libro es uno de los predilectos de innumerables hombres y muchachos y ha hecho familiar entre un inmenso público la personalidad de Thomas Arnold, el gran pedagogo que dirigió el Colegio de Rugby.



*Un aspecto del Colegio de Rugby*





*Retrato del fundador de la Institución*

Desde hace cien años los nombres de Rugby y Arnold van inseparablemente unidos, y aunque la historia de Rugby era muy honrosa cuando Arnold ocupó la dirección en 1828, no había en ella nada que indicase la futura grandeza que habría de alcanzar la institución. Rugby era una pequeña población de una región agrícola, y su escuela había educado, como alumnos internos y externos, a los hijos de los nobles, funcionarios, miembros de las profesiones liberales y, en general, de los residentes provistos de mayores medios de fortuna. No se trataba de una institución regia y no tenía especiales relaciones con la aristocracia liberal del siglo XVIII. Y, a diferencia de Eton y Winchester, no estaba en asociación con distinguidos colegios universitarios de Oxford y Cambridge.

En 1828 se hizo cargo de la dirección Thomas Arnold, de quien se había profetizado que, si llegaba a ocupar tal puesto, «cambiaría la faz de la educación en todas las escuelas públicas de Inglaterra». Y eso fué todo lo que hizo, y aun mucho más, pues creó una tradición educativa en las escuelas públicas que se prolongó hasta más allá de la terminación del siglo. Los ideales y el nivel de educación establecidos por Arnold, y espléndidamente mantenidos por algunos de los grandes directores que vinieron tras él —como Tait, Frederick Temple y Percival—, sirvieron de inspiración, no sólo a los centros docentes más antiguos, sino a un grupo de nuevas escuelas públicas fundadas en la Gran Bretaña en las postrimerías del siglo pasado. Puede decirse en verdad que Arnold y Rugby han influido notable y permanentemente en toda la tradición de la educación inglesa.

Conviene recordar dos cosas acerca del período en que trabajó Arnold. Eran los comienzos de la era del ferrocarril, cuando empezaba a ser más fácil para los muchachos ir y venir a las escuelas de internado y cuando, además, un amplio sector de la clase media —que había hecho dinero con motivo de la revolución industrial y la expansión del comercio británico— podía proporcionarles a sus hijos la mejor educación. Muchos de esos elementos de la clase media no sentían especial simpatía por las escuelas pú-



blicas, tal y como entonces eran, considerándolas bárbaras y políticamente reaccionarias, y otros, influídos por los nuevos conocimientos científicos, estaban dispuestos a aceptar un sistema docente que prescindiese de la enseñanza de la religión.

La respuesta dada por Arnold a estas dudas fué su concepción del caballero cristiano, no meramente representada por un ideal abstracto, sino traducida a aspectos de la vida escolar. El primer objetivo de la educación—dijo Arnold, y con ello su influencia fué decisiva— es la formación del carácter mediante la inculcación de principios religiosos y morales. El carácter se refleja en la conducta, para la que tiene que existir un código. El adiestramiento intelectual ha de quedar en segundo lugar, pese a toda la importancia que indiscutiblemente tiene.

¿Cómo organizó Arnold el Rugby, que llegó a adquirir tanta fama? En primer término, como todos los grandes directores, mediante su personalidad y las enseñanzas cristianas que predicó desde el púlpito. En segundo lugar, mediante una escrupulosa selección del profesorado, inspirando a los maestros su propia fe y requiriendo de ellos el más elevado nivel profesional. Por último, mediante el sistema de «prefectos». Este sistema existía ya anteriormente, pero Arnold le dió una nueva orientación. Sus prefectos no eran «policías», encargados solamente de aplacar los desórdenes y de llevar a la práctica una serie de obligaciones rutinarias; su misión era la de cooperar con el director para mantener y elevar el tono moral de la sociedad escolar. Así se creó un más amplio y profundo sentido de responsabilidad, nota que ha constituido siempre un sello distintivo de la escuela.

Otra característica esencial de los prefectos de Arnold ha sobrevivido en Rugby. Estos proceden siempre de la clase más adelantada. Arnold estaba dispuesto a dar a sus prefectos gran autoridad, pero a base de que fueran más antiguos y más aptos intelectualmente; no consideraba suficiente la antigüedad, por sí sola, y menos todavía la fuerza física. Rugby no ha sido nunca una «atletocracia». Resulta en realidad irónico que Rugby, que ha dado nombre a uno de los mejores deportes del mundo, no figure como

una de las más distinguidas escuelas en el terreno del atletismo. Ha producido, desde luego, deportistas famosos, como Sir Pelham-Warner, en «cricket», y V. H. Cartwright; pero han sido siempre otras cosas las que en Rugby han ocupado puesto preferente.

La tradición de Rugby en los últimos cien años ha sido edificante, vigorosa y un tanto austera. Ha tenido en gran estima el trabajo intenso y el sentido de responsabilidad. Ha producido hombres de letras y destacadas personalidades en las profesiones liberales: estadistas, eclesiásticos y hombres de negocios. Pero quizá lo más característico de la escuela han sido los innumerables ex alumnos que han desarrollado una excelente, aunque no espectacular, labor en la administración de los servicios públicos, tanto en la Gran Bretaña como en Ultramar. Uno de los grandes ex alumnos, el arzobispo de Cantórbery, William Temple, escribió en cierta ocasión estas palabras: «La verdadera gloria de Rugby no estriba en la brillantez de sus resultados, sino en el incomparablemente elevado nivel de utilidad conseguido por sus productos medios.»

